

LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

SUMARIO.

Del modo de santificarse cada uno en su estado.—Revista, poesia por J. H. de M.—**No es para todos la corte,** artículo de costumbres por D. Francisco Muñoz y Ruiz.—**Una buena accion,** poesia por D. José C. Bruna.—**La mano de nieve,** novela, continuacion.—**Máximas y sentencias varias;** de la obra-claros varones de España. Toledo 1486, continuacion.—**Soluciones á la charadá del número anterior.**—Charadas.

Se nos remite para su incersion el siguiente artículo debido á la bien cortada pluma del señor doctoral de Cádiz, D. DIEGO HERREROS Y ESPINOSA, cuyo mérito, para nosotros, se prueba dándole el preferente lugar que le damos.

DEL MODO

DE

SANTIFICARSE CADA UNO

EN SU ESTADO.

Es menester convenir en que es una idea muy falsa la que el mundo se forma de la santidad, representándola como una cosa dura, austera, é impracticable, á la que apenas es permitido aspirar. Se imaginan que la vida de las personas de piedad está siempre sumergida en el seno de la melancolía; que sus semblantes están siempre cubiertos de nubes sombrías; que su corazon no se alza nunca á la alegría; que jamas se les muestran dias serenos y tranquilos: idea falsa, injusta, que la razon no ha dictado jamás, que la verdad niega y que solo el amor propio se ha formado á sí mismo para tener un pretexto de abandonar la santidad, al representársela como superior á sus fuerzas. No, la santidad no es como se lo imaginan, siempre agreste y metida en los bosques, siempre sangrienta y herizada de espinas, siempre triste y cubierta de cenizas y cilicios; la santidad se encuentra en las ciudades asi como en los desiertos, sobre los tro-

nos como en la oscuridad y en el polvo, y no está menos bajo la púrpura que bajo los harapos.

Oh Israel! decia en otros tiempos el profeta á su pueblo, no penseis que la ley santa que Dios os impone esté distante de vosotros y que sea superior á vuestras fuerzas. No, para observarla no es necesario ni andar errante por los desiertos, ni subir por las montañas, ni atravesar los mares; podreis tenerla sin salir de vuestra patria sin renunciar á vuestros bienes, sin prodigar ni esponer vuestra vida; Dios, que conoce vuestra debilidad, ha puesto la santidad á vuestro alcance, y no se dejará buscar jamás mucho tiempo, si la buskais con sinceridad.

Pero, en fin, ¿en qué consiste, pues, la santidad y qué es menester hacer para ser santo? Oh, hombres formados para el Cielo! ¿Quereis aprender á ser santos y conocer el camino que conduce á la santidad? Ah, si se les dijese á las personas del mundo ¿quereis saber la manera de llegar á ser ricos, de haceros dichosos sobre la tierra? ¡Con qué alegría no recibiran esta noticia, con qué avidez no prestarian un oido atento!

Tengo algo mas grande que anunciar, es el modo de ser santo, es decir, de ser rico, de ser dichoso para el cielo; y este medio es tanto mas consolador cuanto que es mas seguro y mas infalible. Porque en fin, ¿qué se necesita para ser santo? Vedlo aquí en dos palabras: no se trata sino de llenar fielmente los deberes de vuestro estado; ¿los conoceis? pues sois sábios; ¿los llenais? sois santos Dios no os pide otra cosa. La razon primera y fundamental es que en efecto los estados han sido establecidos por la Providencia; que la Providencia habiendo arreglado los estados debe dar los medios de santificarse en ellos: estos medios de san-

tificacion deben estar al alcance de todo el mundo en todos los estados. Porque ¿qué medios mas al alcance de todo el mundo en cada estado, que el cumplimiento de los deberes en este mismo estado, supuesto el auxilio divino? Luego el cumplimiento de estos deberes debe ser el medio infalible para ser santos, porque así cumplimos la voluntad de Dios. Lo que digo, lo digo á todos, dice el Salvador: *Omnibus dico*. (Marcos. 14)

Así, grandes del mundo, si quereis ser santos, no os lleneis de vuestra elevacion, os haria odiosos; imágenes de Dios sobre la tierra no hagais sentir vuestra grandeza sino por vuestras buenas obras, no seais grandes sino para ser santos.

Magistrados colocados sobre el foro, destinados á hacer justicia, y á decidir de la suerte de los hombres, tened siempre en la mano la balanza igual; que jamás el interés ni la prevencion la hagan inclinar. Acordaos que vuestros fallos y sus motivos serán pesados un dia en la balanza del santuario.

Negociantes ocupados de vuestro comercio, que la probidad sea la base, el crédito sea el sosten. No envidies las grandes fortunas; son á veces sospechosas de grandes prevaricaciones y siempre sujetas á grandes reveses.

Artesanos reducidos á un trabajo constante y penoso, no lo empeceis jamas sin ofrecerlo á Dios para atraer sus bendiciones. El mismo Jesu-Cristo trabajó sobre tierra; ¿qué modelo para santificar vuestra accion! ¿qué causa para santificar vuestros trabajos!

Padres de familia, si quereis ser santos criad á vuestros hijos en el temor de Dios, dejadles al menos esta preciosa herencia; vale mas que la de los tesoros.

Madres cristianas, no os hagais de la santidad una idea brillante y extraordinaria, velad sobre vuestros criados, tened la vista sobre el pormenor de la casa y de la familia: no creais estos cuidados indignos de vosotras; la muger fuerte no entendia principalmente en otras ocupaciones; sin embargo, el Espíritu-Santo ha hecho el elogio de ella; es por la noble simplicidad de estos rasgos por lo que la representa.

Hijos, tened hácia vuestros padres respeto, sumision y ternura; es por estas cualidades por las que se os puede reconocer por hijos de Dios.

Hijas cristianas, si quereis ser santas conservad el decoro de vuestro sexo y de vuestro estado, es decir que el pudor repose sobre vuestras frentes; que la discrecion dicte vuestras palabras; que la timidez dirija todas vuestras miradas; que la modestia sea vuestro mas bello ornamento: son vuestros verdaderos méritos segun Dios y segun el mundo.

Criados, pues que la santidad se estiende á todos,

acordaos que Jesu-Cristo ha servido por si mismo á sus apóstoles; servid, pues á vuestros amos con exactitud y fidelidad sobre la tierra; á este precio llegareis á reinar un dia en el cielo.

En fin, cristianos quien quiera que seais no podreis estar sino de estos dos estados; ó en la prosperidad ó en la afliccion; si estais en la prosperidad, no tengo sino estas palabras que deciros: desconfiad de vuestro estado; él es peligroso, porque de ordinario el estado de prosperidad no es el que forma los santos. Para vosotros que gemís en la afliccion, vuestro estado es triste y penoso, es verdad; pero cuando considero el cielo, veo que todos los santos han andado por este camino; es, pues, el camino del cielo; caminad por él con resignacion, besad la mano que os hiera, ofreced vuestras penas con espíritu de penitencia por vuestros pecados. Sereis santos y un dia sereis dichosos. ¡Que estos sentimientos queden gravados en vuestros corazones! Para llenar á la santidad, no hay sino llenar los deberes del estado de cada cual. Y cuando digo deberes, quiero decir aun los deberes mas ordinarios y comunes, los que tenemos todos los dias á nuestra vista y en nuestras manos: ser buen padre, buen amigo, buen ciudadano, buen patriota; es decir que para ser santos, no seria preciso hacer sino lo que hacemos, pero hacerlo de otro modo que lo hacemos, nuestro empleo, nuestro negocio, nuestro trabajo, nuestras confesiones, nuestras comuniones, en una palabra, nuestras acciones ordinarias; pero nuestro empleo con mas fidelidad; nuestras oraciones con mas atencion; nuestras confesiones con mas dolor; nuestras comuniones con mas fervor; todas nuestras acciones con mas orden, mas exactitud, mas pureza de intencion: ved lo que hacen los santos, y los grandes santos. En lo que somos muy culpables y muy de compadecer, es que teniendo un medio tan fácil para llegarlo á ser, lo abandonamos; es decir, que teniendo tesoros en nuestras manos, los dejamos escapar, á riesgo de perderlos para siempre.

Elevemos, pues, nuestras miras y nuestros sentimientos; y en cualquier estado que estuviéremos, consagrémonos á la santidad y trabajemos sin demora para llegar á ser santos.

Pero santos en todo, en todas las circunstancias y en todos los tiempos.

Santos en nuestros pensamientos y que nuestro espíritu no conciba sino lo que sea digno de Dios.

Santos en nuestras afecciones y que nuestro corazon, hecho para Dios, esté cerrado á toda afeccion harto humana.

Santos en nuestras acciones, que la gracia sea su principio y que la piedad sea su alma.

Santos en nuestras controversias; que siempre sean dirigidas por los senderos de la justicia.

Santos en el interior de las casas, para hacer reinar el orden, la concordia y la paz; y santos fuera de ella para dar la edificacion, el buen ejemplo.

Santos en el matrimonio y el celibato.

Santos en la abundancia y en la escasez; santos en el consuelo y en el abandono; santos en las enfermedades y en la salud; santos en la vida y santos en la muerte; santos en el tiempo y santos en la eternidad. Este es el término feliz que debe servirnos á todos un dia en la plenitud de los santos.

REVISTA.

Amo á una Concha, lectores,
cual el capullo al rocío,
cual la doncella á las flores,
cual las aves al estío,
cual al pez los pescadores.

Amo á una Gracia hechicera
cual á la noche el que espía,
cual á su presa la fiera,
cual los que sufren al dia,
cual la flor á la pradera.

Tengo una amiga, Joaquina,
que me enloquecen sus ojos,
su sonrisa peregrina,
su talle y sus labios rojos
y su frente alabastrina.

Tengo una amiga, Consuelo,
que vive en la misma calle,
flor nueva en mi pátrio suelo,
de ojos de color de cielo,
de lindo y flexible talle.

Tengo otra amiga, Maria,
que es de las flores hermana,
y que al despuntar el dia,
tras la verde celosia
la contemplo en su ventana.

Tengo una Carmen, morena
por la que ha tiempo suspiro
y vivo en continua pena;
por su sonrisa deliro
y su gracia me enagena.

Tengo una Trini divina,
una Amélia seductora,
una elegante Paulina,
una inolvidable Aurora
y una graciosa Justina.

Reunidas á un baile irán
una noche no lejana,
y conferenciando están
de la tarde á la mañana
los trajes que lucirán.

Mas sé, por la peinadora,
y este conducto es bien fijo,
que Conchita por ahora,
segun anoche le dijo,
irá de *antigua señora*.

Que de muy lindos colores
llevará Gracia un vestido
con oro y seda tejido,
siendo los cortes mejores
que hasta la fecha han venido.

Que vá Amélia de *espartana*,
Joaquina de *primavera*,
Maria de *segoviana*,
Justina de *jardinera*
y Consuelo de *aldeana*.

Que no vá Trini hasta ahora,
que Carmen vá de *pasiega*,
Paulina de *labradora*,
y, si se decide, Aurora
llevará un traje de *griega*.

Mas si todo al fin es cuento
mucho, lectoras, lo siento
y en ello tengo un pesar;
mas lo que puedo afirmar,
y en esto si que no miento,

es que ayer con voz sonora
lo contó una peinadora
que vino á esta redaccion
cuando daba la oracion,
á peinar á mi señora.

F. H. DE M.

Málaga. Febrero 1862.

NO ES PARA TODOS LA CÔRTE.

D. Anacleto Campanillas y Cabezudo, era un hombre que frisaba en los cuarenta y cinco años y por mas que intentára hacer el pollo, semejante pretension se estrellaba ante la perspectiva de su bigote cano, su tez marchita y su figura un tanto apelmazada, que denunciaban sin piedad la inflexible fecha de su partida de bautismo.

De noble estirpe y de fortuna escasa, si bien sobrada para cubrir con holgura las diminutas necesidades de un cotorron lugareño, era un hidalgo de aldea hecho y derecho con sus puntas de erudito, gracias á las lecciones de latin que en su dia recibiera del dómine del pueblo, y de alguna novela del fecundo catálogo de Dumas, que habia devorado con avidez, gravando mucha parte de ella en su memoria á fuerza de repetirla sin ton ni son, circunstancia que le hacia pasar entre sus convecinos por un señorito de *primo cartello*.

No habiendo salido nunca del lugar, dicho se está que no conocia la sociedad ni por el forro. Muy lejos, sin embargo, de pasar tal idea por su atarugada cabeza se consideraba muy capaz de dargolpe en el gran mundo con sus citas traídas por los cabellos, ya del consabido Dumas, ya de Tito Livio y algun otro clásico del repertorio latino, que aplicaba con tanta oportunidad como sus refranes el sin par *adlatere* del caballero de la triste figura.

Con tan altas aspiraciones y alucinado con los relatos de los trajineros de su Insula y algun otro transeunte, ardía en deseos de visitar la coronada villa, que su imaginacion le pintaba como un segundo Paraíso, donde ademas de fruiciones se prometia hacer alarde de sus encumbradas prendas, adquiriendo honra y prez entre los contemporáneos y fama póstuma é imperecedera.

Despues de mil proyectos fracasados llegó por fin el anhelado momento: nuestro personaje reuniendo toda la fuerza de su voluntad, porque era necesario tenerla grande para hacer en aquel tiempo una caminata de treinta leguas, se proveyó de algunas cartas recomendatorias debidas al cirujano y algun otro cacique y la emprendió para la Córte encaramado en su mula alta de talla, formando el continente y contenido parte integrante de la recua portadora de cereales, produccion que esclusivamente constituia el tráfico de aquella comarca.

Escusando, por sabidos en demasía, los prosáicos y nada placenteros detalles de un viaje á lomo, pondremos de un tiron á nuestro viandante en medio de la plaza de la Cebada, donde hubo de llegar al sexto dia de su peregrinacion, instalándose en un

desaliñado caramanchon de la posada del Cuco.

Colocado allí su equipage, consistente en un deteriorado maletin de baqueta, y descargándose someramente del polvo del camino, su primera diligencia fué lanzarse á la calle aguijado por la impaciente curiosidad de contemplar el maravilloso cuadro de la capital de la Monarquía.

Pero no bien habia andado algunos pasos cuando de repente se vé sorprendido por retaguardia con un apretón de mayor marca.

—¡Qué alevosía es esta! ¿Quién tan descomunemente ataca á un inofensivo transeunte, prototipo de la mas refinada inocencia?

—Quien ha de ser, tu paisano, tu antiguo condiscípulo de la escuela de D. Hermógenes.

—Oh deleitable sorpresa! Tú aquí insigne Panagua. Despues de tan larga ausencia... Pero ¿qué es de tu vida, á qué altura te hallas?

—He progresado, querido Anacleto, he progresado. Tengo veinte mil reales de sueldo.

—Caspita! tendrás un buen padrino, te habrás agarrado á buenas aldabas, porque tu caletre.... Nunca olvidaré que nuestro indito dómine decia cuando estudiábamos: «sois un par de bipedos de grueso calibre, pero Luisito con sus tremendas orejas despunta como el rey Midas».

—Así seria, pero entretanto aquel Fray Gerundio no ha pasado de dar rebuznos en el lugar, y yo soy todo un empleado en la Córte, y con muy encumbradas relaciones por aditamento. Dígalo sinó la Marquesa de N... que me ha honrado convidándome á un gran baile, que dará esta misma noche; y como aquí estamos por lo positivo, ya se murmura del buffet, que será espléndido y confortable.

—¿Y quién es ese señor Buffet positivo del cual se murmura? Yo creo que si es tan espléndido merece por ello mas elogio que censura.

—No hombre, si es el refresco, la cena: allí querido, se come á mas no poder, á destajo: aquel es un verdadero puerto de arrebatá capas; cada uno pesca lo que puede.

—Magnífico! se trata de engullir y á la rebatiña, pues trabajo le mando al que me deje en zaga.

—¿Es decir que tú pretendes ser de la partida?

—Pues á que he venido yo á Madrid sinó á pavonearme en los círculos aristocráticos. ¿Y dejará mi caro Luisito de contribuir á la realizacion de mis dorados sueños?

—De ningun modo; y para probártelo, esta misma noche serás conmigo en los salones de la Marquesa, corre pues, ponte de tiros largos y cuida de ir bien preparado para el asalto del buffet, ya volveré á buscarte á la hora crítica.

Que me ponga de tiros largos, dijo para sí nuestro lugareño despues de despedirse y regresando presuroso á su madriguera, ya comprendo, me ha

prevenido que no vaya de corto, ó de calzon corto, que tanto vale: sin duda habrá pasado la moda, y ha agregado que iremos á la hora crítica ¡valiente camueso! en buen laberinto me vá á meter, á mí que nunca me ha dado el naípe por criticar tener que ir á molerle los huesos á gente que no conozco: es decir, que en este punto la Côte y el lugar allá se van; la chismografía anda suelta aquí y allá; en suma, la alta, no menos que la baja sociedad, es un desolladero, donde se quita la piel á todo vicho viviente. ¡Oh Anacleto! *Hominis conditio ubique semperque cadem est!* viva el progreso y la moralidad.

La mas escojida concurrencia llenaba aquella noche los suntuosos salones de la Marquesa de N... Solo una figura grotesca se destacaba en aquel uniforme conjunto de finura y elegancia, la de D. Anacleto Campanillas y Cabezudo. Con su puntiagudo frac color de pasa, un sombrero de tres picos afianzado debajo del brazo y un pantalon aplomado ceñido á su deslabazada pantorrilla, bullendo sin cesar entre la multitud y procurando darse el mas subido aire de importancia; era una caricatura *sui generis*, blanco de la curiosidad universal.

La orquesta habia empezado apenas á preludiar una polka, cuando un centenar de graciosas parejas se deslizaron sobre la superficie de la alfombra, con aquel amartelamiento distintivo de la moderna Terpsicore.

—Calle! se habrá visto mayor desvergüenza! Que los aficionados se ábracen á hurtadillas se comprende, pero hacerlo á la descubierta y á son de trompeta era cuanto me quedaba que ver; mas esta es otra de las prescripciones de gran tono, y por cierto muy agradable en cambio de lo poco recatada.

Así discurría nuestro hidalgo, y arrellenándose en una silla como punto el mas conveniente para establecer su filosófico observatorio, le distrajerón de sus reflexiones los fragmentos de un diálogo que hirieron sus oídos.

—Qué carrera ha hecho ese estrambótico Panniagua!

—Oh, amigo, tiene buen padrino, ó mejor diré, una deliciosa madrina, y además la crónica escandalosa.....

—Hola, aquí hay intrigulis, gato encerrado: mi paisano las tiene á pares: nada menos que una madrinita y por apéndice una cómica escandalosa diablo, y solo he podido pescar el sugeto y el predicado de la oracion. El ser curioso no es pecado.

Diciendo esto Anacleto de tal modo inclinó la silla para oír á placer la conversacion, que perdiendo el equilibrio por mas esfuerzos que hizo para recobrarlo, vino á caer rodando á los pies de los dos interlocutores.

Sorprendidos los caballeros que no se habian fijado en su vecino acudieron lícitos á socorrelle, mas él se levantó con presteza y saludó á sus dos pretendidos favorecedores.

—Creimos, le dijo uno de ellos riéndose, que le habia á V. dado algun vahido, pero ya estamos, ha perdido V. la gravedad.

—Señor mio, yo siempre soy muy formal, pero el piso es tan rebaladizo, que apenas puede uno tenerse en posicion. No sé como no suceden mil desgracias con la maldita moda de gastar el piso de seda de tantos colores.

Un tanto corrido el magullado Campanillas se escurrió de aquel sitio, murmurando: critica y mas critica, aqui todo el mundo se muerde, primero la emprenden con mi amigo, atribuyéndole inteligencias y manejos con gente non santa, y luego se atreven á poner en tela de juicio la gravedad de un descendiente de los Campanillas, primo hermano de los Cabezudos.

Nuestro hombre que abundaba en las costumbres de filosofar con su persona y hablaba en alta voz, fué oído por un grupo de jóvenes.

—Paso á un Cabezudo, dijo uno de ellos.

—Y con sus campanillas, agregó otro.

—Y enjaezado con su correspondiente aparejo redondo, es decir: una acémila vestida de baile, repuso un tercero. ¿De dónde habrá salido esta estrafalaria alimaña?

—Miente Granada, exclamó alzando la voz el lugareño que apenas hubo de percibir las últimas palabras de aquellos lisongeros requiebros: ni vengo, ni soy, ni quiero ser de Alemania, soy Castellano viejo á macha martillo por todos cuatro costados, sin que se cuente en toda mi prosapia, descendiente por linea curva del famoso rey Pepino, ni un solo vástago masculino, ni femenino que jamas haya tenido el menor contacto con hereges ni chanfutures.

La disputa no hubiera terminado en este abrupto de nuestro amostazado viandante, si los jóvenes riyendo descaradamente no le volvieran las espaldas.

Muy satisfecho Anacleto de su contestacion, y creyendo que habia obtenido una victoria sobre sus antagonistas, se decidió á recorrer todos los salones en busca de su introductor y amigo Luisito, á quien deseaba contar los lances que le habian ocurrido.

Mas el diablo, que parecia enemigo de su honra aristocrática, quiso que al entrar en uno de los salones tropezase con una señora, quien al verse atropellada tan inhumanamente no pudo menos de lanzar un grito.

Nuestro hombre retrocede dos pasos, murmura una disculpa, poniéndose colorado, y sin compren-

der podía estar cortada la retirada dá media vuelta temeroso de las imprecaciones que lanzarle pudiera la señora, pero al cambiar de posición hizo también cambiar la suya á un velador que se hallaba á su retaguardia, el cual indiferente de ocupar otra cualquiera vino al suelo con gran estrépito.

Entonces el talante de Anacleto experimentó la mas brusca transformación.

Al subido color de su rostro sucedió una palidez casi cadavérica, y á la flexibilidad de sus contornos una inmovilidad tal que parecia haber echado raíces en aquel sitio. Sus ojos se dilataron tan desmesuradamente cual si quisiera reconstruir con sus miradas lo que habia deshecho por la impericia de sus pretendidos movimientos aristocráticos.

Saliendo al fin de su éstasis se apresura á recoger los fragmentos de una escribanía que habia rodado con el velador, restituye este á su pristino estado, seca con su pañuelo la tinta vertida sobre la alfombra y escapa como una saeta de aquel lugar, temiendo el enojo de los dueños de la casa.

En su desatentada fuga se introdujo en una de las salas donde jugaban al ecarté en aquel instante varios aficionados agrupados en deredor de una mesa, y observando que una vela habia prendido en el pelo de uno de ellos, y que sin embargo este continuaba impertérrito é insensible al voraz elemento, saca precipitadamente su pañuelo y á los gritos de fuego, fuego, hace la puntería y lo lanza á guisa de proyectil contra incendios, hácia el objeto que era pasto de las llamas. Mas ¡oh fatalidad! equivocando la dirección vino á dar en el rostro á otro de los jugadores quien en el momento vióse enmascarado por el negro líquido en que se hallaba empapado el pañuelo.

Al grito de alarma dado por Anacleto el ciudadano incombustible llevóse la mano rápidamente á la cabeza y arrancándose el pelo, con estupenda admiración de los concurrentes lo arrojó al suelo, descubriendo una calva asáz lustrosa y descomunal. Mas la hirviente caballera fué á parar describiendo una curva al vestido de una señora, el que se puso inmediatamente en combustión, aumentándose con esto la algazara y generalizándose la voz de fuego en términos que la mayoría de los concurrentes en especialidad los del género femenino pusieron en juego sus piernas tomando las de Villa Diego.

D. Anacleto fué de la partida y de tal manera tomó el tole que es de inferir no paró de correr hasta verse instalado en su Insula, renegando de la Corte y de los cortesanos, puesto que jamás se ha vuelto á saber de este estrambótico personaje.

FRANCISCO MUÑOZ Y RUIZ.

Madrid.-1862.

UNA BUENA ACCION.

I.

A una flor lánguida
el aura vió,
que casi exánime
teníala el sol;
estaba pálida
y en su dolor
vertía lágrimas
de puro amor....
y el blando céfiro
las recogió.

II.

Y en el crepúsculo,
cuando ya el sol
su rayo último
triste apagó,
pródigo el céfiro
volvió á la flor
aquellas lágrimas
que antes vertió
y así regándola
vida le dió.

JOSÉ C. BRUNA.

LA MANO DE NIEVE,

POR

VICTOR BERSEZIO.

(CONTINUACION.)

El magnetismo de mi mirada hizo mas efecto sobre él que sobre la dama la cual no adverti se cuidase lo mas mínimo de mi persona.

Al dirigir él una sonrisa á la señora, sus ojos fueron atraídos por los míos y se encontraron. Yo quedé sin movimiento y mirándole con aire estúpido. En cuanto á él se quedó fijamente mi-

rándome, arrugó el entrecejo é hizo un ligero movimiento con la cabeza como interrogándome.

Yo desvié la mirada de él para concentrarla en el rostro angelical y en la divina mano de aquella muger, continuando mi mudo canto de adoracion.

En este momento resonaba, precisamente, en la escena una bella voz de tenor que cantaba una cancion amorosísima.

Aquellas palabras de amor de las que ni una sola podia comprender, y mas que todo, aquella apasionada melodia, eran sonidos que yo me apropiaba, para dedicarlos todos á mi bella desconocida.

¡Oh! si yo hubiera tenido aquella voz suave, con mayor efecto y mucha mas pasion hubiera cantado, para ella sola, el amor gigantesco que por ella sentia.

Por un momento se me presentó la idea de levantarme de mi luneta y entre el gemir de los violines, el suspirar de las flautas, y el vocijear del tenor, cantarle á ella, tendiéndole los brazos: *te amo! te amo!*

Mi afortunadísimo amigo habia llegado á sentarse completamente á su lado; le hablaba y la oia hablar. ¿No eran aquellas las dichas del paraíso?

Él le hablaba! Que audacia! ¿de donde habia sacado tanta temeridad? ¿Como podia creerse capaz de tanto ingenio como para hallar conversacion digna de ella? ¿Delante aquella diosa podia hacerse por ventura otra cosa mas que incarse y adorarla?

Cuando vi que el jóven se despedia para salir, me levanté de mi asiento salte por encima de dos espectadores vecinos que cerraban la salida de aquella fila de lunetas y urtando á diestra y siniestra salí del patio como una piedra lanzada por una catapulta.

Carri á los corredores de los palcos y asalté á mi amigo, que se dirijia lentamente hácia á la escalera, como el asesino asalta á los viajeros que van tranquilamente por su camino.

Le toqué la ropa casi con respeto y le abrazé casi con amor. Me parecia que alrededor suyo debia existir algun fluido de aquella hermosa criatura á cuyo lado habia estado él.

—¿Quién es?... quien es?... quien es esa? —le dije todo convulso y temblando de emocion.

El me miró estupefacto, poco mas ó menos como hubiera mirado á un necio y retirándonos de la escalera me dijo:

—¿Qué te ha pasado, amigo mio? Qué me quieres? Hace un momento me mirabas con ojos de basilisco y ahora procuras ahogarme entre tus brazos.

—¿Quién es esa jóven?—repetia yo cada vez con mas ardor.

—Esa... ¿y quien es esa? ¿La señora que esta en el palco de donde acabo de salir?

Yo respondí afirmativamente con la voz, con la cabeza, con todo el cuerpo.

—Se llama Antonieta y es viuda de un procurador.

¡Viuda de un procurador! Decir esto era echar una copa de agua fria sobre la cara de un hombre que estuviese encendido de cólera.

Me quedé allí fijo como si estuviese hecho de estuco y mi amigo continuó sus visitas de palco en palco.

¡Viuda de un procurador! Tanta poesia y tan prosaica frase. ¿Y que importaba que hubiera sido ó nó esposa? ¿habia necesidad de decírmelo? Que me hubiera revelado su nombre solamente y yo la hubiera adorado en el santuario de mi corazon para glorificarme de continuo repitiéndolo con dulces apelativos en lo mas profundo de mi alma.

Ahora temia casi volver á mi asiento para contemplarla nuevamente. Temia ver la sombra severa de la mano del difunto llena de tinta pasar amenazadora por entre mis ojos deseosos y el lindo rostro de la jóven.

Cuando la funcion hubo terminado me puse en la primera fila de la turba de espectadores que aguarda ver salir las señoras.

La casualidad me colocó junto á mi amigo.

Yo no esperaba mas que una sola persona. No tenia ojos mas que para una sola muger.

Esta apareció, finalmente, en lo mas alto de la escalera.

Tenia buen cuerpo y, segun podia verse, era de bastante buenas formas, repartidas en justas proporciones, teniendo además mucha gracia, magestad, y soltura en el andad.

Estaba envuelta en un abrigo de lana, blanco, forrado de seda color de rosa. La capucha la llevaba dejada caer sobre la espalda. Sus ojos eran vivos, sus labios seductores y con aquella mano incomparable se ajustaba el abrigo á su hermoso cuello mirando aquí y alla sin jactancia y sin orgullo pero con notable desenvoltura.

En medio de las otras señoras llegó hasta donde nos hallabamos mi amigo y yo. A mi me parecia haber echado raices en aquel sitio.

Llegó junto á nosotros; mi vecino la saludó y tuve la audacia de saludarla tambien.

Ella respondió con un gracioso movimiento de cabeza y pasó.

Yo debia estar verde en aquel instante.

—¿Quieres que te presente á esa señora? —me dijo mi amigo como pudiera haber dicho: —¿quieres un cigarro?

—Sí, sí —repuse yo contrayendo la dentadura y apretándole fuertemente el brazo —sí, Ambrosio, por el amor de Dios.

(Continuará)

MAXIMAS

Y SENTENCIAS VARIAS.

DE LA OBRA—CLAROS VARONES DE ESPAÑA.—TOLEDO 1486.

(CONTINUACION.)

La virtud de la fortaleza no se muestra en guerrear lo flaco, mas parese en resistir lo fuerte.

Para la gobernacion de las cosas temperales son necesarias agudeza, prudencia, diligencia y sufrimiento.

Ninguna utilidad hay en los bienes de fortuna, cuando no se reparten y distribuyen segun deben.

Mas aceptable es á Dios la gran misericordia, que la extrema justicia.

Es mejor cierta la paz, que incierta la victoria.

Tener al adversario en miedo con amenazas es mucho mejor que quitárselo mostrando el cabo de sus fuerzas.

Ninguno es bien corregido, si puramente no es arrepentido.

Si la flaqueza de la humanidad no puede resistir los vicios, la fuerza de la prudencia los sabe disimular

A veces los infortunios de presente son causa de la prosperidad futura.

Muchos hombres concurren en las casas de los reyes que por diversas vias van tras un deseo; algunos porque les den, otros porque no le quiten, loan lo que debieran callar y callan lo que debieran reprender.

(Continuará.)

Solucion á la primera charada del número anterior.

Con la civilizacion
voy descubriendo primores,
y no es esto una ilusion;
cambia el hombre en sus amores
como cambia de colores
el reptil CAMALEON.

UNA SUSCRITORA.

Málaga.

Solucion á la segunda.

Al que es demasiado fácil
en cambiar de opinion,
en razon de analogía
se llama CAMALEON.

Cádiz.

CHARADA.

Primera es preposicion,
mi segunda, musical
y el todo, lector, es cosa
que siempre en la mano está.

OTRA.

Mi primera es mi segunda
mi segunda es mi primera;
mi todo, breve, es un ave,
mi todo, largo, cualquiera.

SABINO POLVORIN.

Málaga

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cinteria, n. 3.